

REFLEXIÓN PARA EL ENCUENTRO DE PARROQUIAS

I. POSIBLE DINÁMICA DE GRUPO

II. REFLEXIÓN EN TORNO A LA PARROQUIA CLARETIANA

1. Introducción

2. Cómo nos situamos ante la realidad de nuestro mundo

3. Qué le dice el EMP al claretiano que trabaja en la parroquia

4. Qué le pide el EMP a la parroquia claretiana

A) Desde las opciones de misión

B) Desde los destinatarios

5. Algunas sugerencias finales

REFLEXIÓN PARA EL ENCUENTRO DE PARROQUIAS

I. POSIBLE DINÁMICA DE GRUPO

Se podría comenzar con una dinámica de este tipo (todas o alguna de las preguntas). Puede ayudar a captar el modo de pensar de los participantes y a orientar el tema de reflexión.

1ª. ¿Qué es lo que nos preocupa más en nuestra parroquia? (Pedir que escriban ad random lo que se les ocurra y luego elijan las tres cosas que les preocupan más. // Dialogar seguidamente en un grupo de 4 personas y hacer un resumen que recoja las cinco cosas que preocupan más de las 12 recogidas. // Ensachar el diálogo a 8 personas y recoger de nuevo los cinco puntos de preocupación mayor entre los 10 que tiene el grupo. // Finalmente escribirlos en un cartel y presentarlos a la totalidad del grupo.)

2ª. ¿Qué cuestionamientos principales habéis recogido del EMP en cuanto claretianos que trabajan en el sector parroquial? (Hacer más o menos lo mismo que en relación a la pregunta anterior.)

3ª. ¿Creéis que la parroquia es, en este momento, un instrumento válido para expresar el carisma misionero claretiano? ¿Por qué?

II. REFLEXIÓN EN TORNO A LA PARROQUIA CLARETIANA

1. Introducción

Se me ha pedido comentar los desafíos que emergen del documento capitular EMP en relación al tema de la pastoral parroquial. Se trataría de ver cómo expresar de un modo más explícito en ese ámbito pastoral confiado a tantas comunidades claretianas el profetismo al que nos llama el documento del último Capítulo General. No creo que pueda decirnos mucho más de aquello que ya habéis reflexionado vosotros mismos en los capítulos provinciales o en otros órganos de coordinación del apostolado de vuestros Organismos. Tenéis proyectos de parroquias en todos los Organismos. De todos modos, también es verdad que el repetir y repetirnos las cosas nos ayuda a asumirlas más seriamente en nuestros planteamientos y programas pastorales.

He visto que en el programa para estos dos días tenéis previsto profundizar algunos aspectos importantes en torno a la pastoral parroquial; matrimonios jóvenes, evangelización y marginación, pastoral rural, misiones populares y parroquias, incorporación y formación de los seglares, comunión parroquial y los alejados. Todo ello está ya dibujando el horizonte en el que debe inscribirse una acción pastoral que pretenda ser profética.. (=capaz de anunciar el proyecto de Dios sobre los hombres y de provocar la transformación de las personas y de las estructuras sociales y eclesiales según él).

Creo que lo mejor que puedo hacer es seguir el mismo esquema del EMP. Comenzaremos dando una mirada a la realidad y preguntándonos si nos podemos quedar tranquilos con el modo que tenemos de hacer nuestros análisis de la realidad, la perspectiva en que nos situamos... A lo mejor surgen del documento capitular algunos puntos que nos van a ayudar a progresar en este ámbito. Luego nos fijaremos en la identidad del claretiano que trabaja en la parroquia y le preguntaremos al Capítulo General qué le quiere decir. Finalmente intentaremos identificar algunas orientaciones que emergen del EMP y que pretenden ayudar a dar un talante más profético a nuestra acción pastoral.

Pero antes de entrar en esos puntos, quisiera hacer una consideración previa. Se hizo notar en el examen del apartado sobre Apostolado de la Memoria de Gobierno presentada al Capítulo General, que la Prefectura no había organizado ninguna actividad especial a nivel de estructuras pastorales. Los capitulares hacían esta observación refiriéndose sobre todo a las parroquias y los colegios, actividades que ocupan a un buen número de claretianos. La indicación respondía a la realidad. De todos modos, es necesario explicar un poco el porqué de esa actuación de la Prefectura. El Capítulo de 1979, con la MCH, marca un cambio notable en el planteamiento de la planificación pastoral de la Congregación; un cambio que, por otra parte, no se acaba de asumir completamente. Hasta ese momento se había hablado sobre todo a partir de las estructuras (podéis ver los documentos capitulares del 67 y 73, para mantenernos en la época posconciliar). A partir de ese Capítulo la atención se centra en las opciones y los sujetos o destinatarios, que han de incidir en todo tipo de estructura pastoral existente o futura. Se relativiza la estructura en cuanto tal y se afirma que su validez se basa en su capacidad de dar cauce a las opciones de misión congregacionales y de llegar a los sujetos señalados como prioritarios. Me parece que es un paso importante porque nos sitúa de un modo mucho más claro en el horizonte de la misión y acrecienta nuestra preocupación por hacer crecer el Reino, ayudándonos a superar aquellas actitudes que nacen de un excesivo interés por defender un tipo determinado de estructuras pastorales. Es cierto que las opciones se hacen concretas a través de estructuras y programas, pero no hay que olvidar cuál es el punto de partida. Partir de las estructuras tiene el peligro de llevarnos a una afirmación un tanto acrítica de las mismas y a buscar simplemente el modo de mantenerlas o, si queréis, mejorarlas, pero sin cuestionarlas a fondo. Una Congregación misionera como la nuestra no se puede detener ahí. La exigencia de estar atentos a los signos de los tiempos y preparados a darles respuestas creativas, audaces y eficientes nos lleva a cuestionar continuamente las estructuras a través de las cuales expresamos nuestro carisma misionero.

No debemos preocuparnos por "defender" apostolados. A veces se nota un interés excesivo en demostrar la legitimidad de un determinado apostolado en la Congregación a base de referencias a alguna acción o texto del P. Fundador o al Magisterio congregacional de un cierto momento histórico. La legitimidad de un apostolado en nuestra Congregación misionera le viene dada por su capacidad de ser cauce de expresión del carisma del servicio misionero de la Palabra que hemos recibido en la Iglesia y de su adecuación a las opciones de misión, que son los criterios discernidos por la Congregación para juzgar esa fidelidad.

Sobre la estructura parroquial se cierne siempre la pregunta que nace de la decisión del P. Fundador de abandonar la parroquia para poder dedicarse a predicar, a animar la vida de la iglesia local. Es verdad que eran otros tiempos y que el trabajo parroquial tenía otros planteamientos. Pero esto nos ha de

llevar a ser todavía más exigentes en la evaluación de nuestras parroquias y del trabajo que hacemos en ellas a partir de las opciones congregacionales de misión . No debemos dar por descontada la aprobación de nuestro P. Fundador sobre todas y cada una de las parroquias en las que estamos presentes sus hijos y sobre nuestro modo de llevarlas.

Dejando bien asentados estos principios, voy ahora a compartir con vosotros una breve reflexión en torno a algunos cuestionamientos y orientaciones que descubro a partir del documento del último Capítulo General.

2. Cómo nos situamos ante la realidad de nuestro mundo

El documento capitular comienza naturalmente con una mirada a la realidad en la que estamos inmersos. Es algo a lo que estamos ya habituados. Casi todos nuestros proyectos pastorales parten de ese momento de análisis. El análisis del EMP queda enmarcado en el ámbito de la profecía: "toda profecía tiene su contexto histórico y geográfico". Es importante. No se trata de un análisis aséptico que simplemente recoge datos de las diferentes instancias administrativas. El análisis está hecho con ojos y corazón misioneros. Los datos son importantes y habrá que ser exigentes sobre su objetividad. Pero es importante también un segundo aspecto: analizar la adecuación de dichos datos al proyecto del Reino. Ésta es la perspectiva en que nos queremos situar en nuestro análisis. Por eso nos llaman mayormente la atención unos aspectos sobre otros. Situarse en la perspectiva de Jesús a la hora de hacer un análisis tiene sus consecuencias. No se trata de "deformar" la realidad, sino de ir más allá de lo que aparece a la vista del que se dedica "profesionalmente" al ejercicio de la estadística. Los datos objetivos que podamos recoger nos van a ayudar, ciertamente, pero nuestro análisis no se puede quedar ahí. En este sentido el Capítulo nos llama a revisar nuestros análisis. Elenco algunos puntos que nos pueden ayudara ello:

a) Hemos de clarificar la perspectiva en la que nos situamos al analizar la realidad. No puede ser otra que aquella en la que se situó Jesús: la de los pobres, de los que, a pesar de ser "benditos" por el Padre, eran rechazados por la sociedad y las instancias dirigentes de la misma. El nuestro es un análisis que provoca dolor en el que lo realiza. Dicho de otro modo, el profeta se sitúa en la perspectiva de Dios que siente el dolor de los pobres como suyo propio.

b) No podemos quedarnos contentos con un análisis que describa los hechos. Hay que continuar hacia la identificación de las causas de los mismos. Es importante para descubrir los verdaderos desafíos misioneros que encierran las situaciones que aparecen a la vista. Me parece que éste es un ejercicio importante que exige reflexión y diálogo tanto a nivel de comunidad claretiana como parroquial. En los proyectos pastorales de las parroquias que he tenido oportunidad de ver, descubro una cierta laguna en este sentido. Sin un análisis de las causas será difícil dar con respuestas pastorales adecuadas y eficientes. Recuerdo que en el Encuentro Misionero que tuvimos en Viena nos criticamos el haber caído precisamente en este defecto: pasar por alto un análisis más profundo de las causas de la increencia. Esto dificulta ciertamente la búsqueda de soluciones pastorales eficaces.

c) El horizonte de nuestro análisis debe situarse más allá de la preocupación por el mantenimiento o incremento de la comunidad cristiana en cuanto tal -lo cual es ciertamente importante- y debe integrar aquellas preocupaciones que nacen de una evangelización que gira en torno al compromiso por hacer crecer el Reino de Dios entre los hombres. Nos preocupa que un número cada vez mayor de bautizados se aleje de la iglesia y hemos de analizar las causas de este hecho; pero nos ha de preocupar también que en nuestra zona exista un rechazo hacia los inmigrantes y hemos de analizar porqué. Una parroquia misionera ha de mirar más allá de sí misma para ser fermento evangelizador de la cultura, de la sociedad. Esto debe reflejarse ya en el primer momento de análisis de la realidad.

d) Finalmente, creo que el Capítulo nos invita a abrir la perspectiva de nuestro análisis a una dimensión de universalidad. No podemos contentarnos sabiendo lo que pasa en nuestro barrio o en nuestra ciudad. Hemos de analizar también las consecuencias que nuestro modo de vivir o de organizar los distintos ámbitos de la vida social, económica... tiene en otros sectores o áreas de la humanidad. Somos constructores de una historia que es cada vez más global. Es una dimensión que no podemos perder de vista, porque nuestra acción pastoral deberá tener también en cuenta la situación que estamos ayudando a crear en otros contextos geográficos o culturales con nuestra

manera de vivir, de pensar, de actuar..

3. Qué le dice el EMP al claretiano que trabaja en la parroquia

Ante todo que, como cualquier otro claretiano, tome conciencia de que es "heredero de un espíritu profético". Esto exige tiempo y empeño para cultivar una espiritualidad centrada en la Palabra -el Profeta es el hombre o la mujer de la Palabra- que debe ser leída y meditada en las concretas circunstancias del momento histórico que nos toca vivir. La llamada a la configuración con Jesús, el Profeta, se hace apremiante para el evangelizador claretiano. Cercanía a Dios y cercanía al pueblo, vivir preocupado con la preocupación que Dios tiene por su pueblo, es un rasgo característico del que quiere vivir en sintonía con la dimensión profética del servicio de la Palabra. El EMP está cuestionando la calidad de nuestra vida como evangelizadores. ¿Dónde alimentamos nuestra acción pastoral? Si no somos capaces de comulgar con esta preocupación de Dios por sus hijos e hijas -el "Reino de Dios" que Jesús anunció y por el que dio la vida-, nuestra pastoral no irá más allá del "mantenimiento", centrándose en el estrecho círculo de lo estrictamente eclesial y renunciando por ello a lo más nuclear del carisma claretiano: lo misionero. Crear en el ritmo de nuestra vida diaria espacios para alimentar nuestra comunión con el Padre y su proyecto, es un primer desafío que nos está poniendo el EMP. Y esto hay que hacerlo efectivo en el ritmo de vida marcado por el servicio a cualquier estructura pastoral o en cualquier equipo.

Con la referencia al Corazón de María, el EMP nos está invitando a preguntarnos sobre algunos rasgos que deberían estar siempre muy presentes en nuestro modo de actuar: la ternura, la paciencia, el amor. ¿No estaremos demasiado acostumbrados, aunque sea inconscientemente, a considerar la parroquia como una especie de empresa que hay que hacer funcionar? De ahí los nerviosismos, la forma un tanto fría de tratar a algunas personas, los criterios de juicio y actuación que no ponen al centro a los más débiles, los pequeños, los pobres. Nos parecerá que todo esto corresponde más al área de espiritualidad que a la de apostolado. Pero, estoy convencido que, si no incluimos estos planteamientos en nuestra reflexión y en nuestras evaluaciones, no seremos capaces de encarnar en las estructuras pastorales la dimensión profética que hemos querido resaltar en el Capítulo.

El EMP nos cuestiona seriamente sobre el tema de la pobreza. El estilo de vida es un elemento fundamental: avala o descalifica el mensaje. No se trata solamente de la austeridad -siempre necesaria, aun cuando digamos que hay que pensar la pobreza según el medio ambiente en que vivimos (¡qué peligroso!)-, sino de la capacidad de compartir la vida y lo que tenemos. La parroquia pide apertura a la gente, nos hace repensar nuestra forma de vivir la comunidad desde el servicio pastoral que hemos de desarrollar. Compartir con los pobres no es sólo algo que compete a la Cáritas parroquial, sino una dimensión esencial de la comunidad cristiana y, con mayor razón, algo exigible a la comunidad religiosa. Creo que el acento que el EMP pone en este tema, nos obliga a examinar nuestra forma de vivir esta realidad en el ámbito de nuestras comunidades al servicio de la pastoral parroquial.

La llamada a profundizar la vida fraterna puede tener una resonancia particular en la comunidad claretiana que trabaja en el ámbito parroquial. Nos exige una dinámica de trabajo en equipo evangelizador. Un equipo que alimenta su vida de comunión en el compartir la fe y la Palabra, en la común preocupación por responder al proyecto de Dios, el Reino. Con frecuencia nuestra labor en equipo se limita a organizar las actividades o a programar de modo que cada uno tenga su campo bien delimitado y se eviten de este modo los conflictos. Esto sería empresa, no comunidad. Es imprescindible un mayor empeño común por analizar, en diálogo fraterno, las situaciones que se viven en el barrio o en la ciudad, por discernir las tomas de posición que, ante diversos temas y problemas, nos exige el Evangelio. Con frecuencia nos cuesta dar una verdadera densidad comunitaria a nuestra oración, aquella que quisiéramos para la comunidad cristiana a cuyo servicio nos encontramos. A veces tenemos tiempo para compartir unos momentos de conversación animada con los seglares o celebrar con ellos una fiesta -aspectos importantes en la construcción de fraternidad-, pero se nos hace difícil compartir con ellos tiempos de oración o invitarlos a hacer juntos el camino de escucha de la Palabra. El EMP, con su llamada a dar densidad evangélica a nuestra vida fraterna y a abrirla a los demás, nos está ayudando a plantear algunas cuestiones que nos permitirán dinamizar el servicio misionero que tenemos encomendado.

Siguiendo el documento capitular, encontramos una invitación a tomar en serio la formación permanente. Es una exigencia obvia para el que quiere que su trabajo pastoral sea realmente significativo. Me parece que es una llamada apremiante para los claretianos que trabajan en parroquias, ya que, al tratarse

de una estructura pastoral más estable, existe un peligro mayor de claudicar en este apartado. Una respuesta misionera a los grandes desafíos del momento histórico que vivimos pide estudio y reflexión: periódico, pero, también y sobre todo, lecturas de fondo. El equipo parroquial debería establecer unos mecanismos que garantizaran la atención a esta exigencia, y las visitas de los superiores y animadores provinciales de apostolado tendrían que hacer de este apartado un punto de evaluación constante en sus visitas. Sin estudio y reflexión no es posible la creatividad pastoral.

Podría seguir desglosando los números de la segunda parte del EMP. Una meditación intensa del número 2 de este documento nos puede ayudar a plantearnos aquellas preguntas que nos son necesarias para imprimir un verdadero dinamismo profético a nuestra acción evangelizadora. No renuncio a citarlo:

"Los profetas son personas seducidas por Dios (cf Jer 20, 7), apasionadas por Él y su Alianza, partícipes de su compasión por los pobres y el pueblo. Ven la realidad histórica con los ojos de Dios, sienten con su corazón (cf 1 Sam 12, 7-25) y proclaman un mensaje de renovación con la autoridad de su Palabra. Ese mensaje es a la vez consolador e interpelante, por eso crea esperanza y suscita rechazo. Esta vocación altera sus vidas y las transforma en signo. Los auténticos profetas son fieles hasta las últimas consecuencias. Ungido con el poder del Espíritu, Jesús fue el profeta definitivo de Dios y la plenitud de la profecía veterotestamentaria (Lc 14, 21; Mt 5, 17; CC 3 y 40). La «dimensión profética» de nuestro servicio misionero de la Palabra debe entenderse a partir de Él."

Un programa de vida exigente y entusiasmante a la vez, que debe suscitar un compromiso misionero generoso y audaz. Estoy seguro de que una meditación de la segunda parte del documento capitular, más centrada en aspectos internos de nuestra vida, tendrá una incidencia notable sobre nuestro quehacer misionero.

4. Qué le pide el EMP a la parroquia claretiana

La tercera parte del documento capitular se refiere más directamente al "ministerio profético". También aquí se parte de la necesaria referencia al P. Fundador: "*somos herederos de un ministerio profético*", que se expresó con gran fuerza a través de múltiples modalidades. Todas ellas, sin embargo, eran fruto del celo apostólico de un corazón que ardía en caridad y abrasaba por donde pasaba. Voy a intentar resumir algunos cuestionamientos que descubro en el EMP en relación al ministerio claretiano en la parroquia, agrupándolos en torno a las opciones congregacionales de misión y a los destinatarios preferenciales de la misma. Lo haré proponiendo algunas características que pienso debería tener la "parroquia claretiana" -valga la expresión-. y que pretenden recoger las opciones de misión congregacionales, integrando en las mismas lo que nos dice el documento del último Capítulo General.

A) Desde las opciones de misión

1. La parroquia claretiana debe ser una comunidad comprometida en el anuncio del Evangelio. El carisma misionero, que nos ha llevado a asumir una determinada parroquia como estructura válida para ejercer nuestra misión, nos obliga a ir más allá del cuidado pastoral y esforzarnos en la creación de una comunidad que sea verdaderamente evangelizadora. Éste es un criterio de evaluación fundamental en una parroquia claretiana. Se nos plantean, pues, algunas preguntas: ¿Hacia dónde se orienta la preocupación del equipo claretiano que está al servicio de la parroquia? ¿A qué dedica más horas? ¿Cuáles son los parámetros de evaluación que se manejan en los Consejos parroquiales? ¿Qué temas focalizan la atención de los mismos? El "ministerio profético" nos lanza inevitablemente hacia el anuncio del Reino de Dios y la denuncia de todo lo que se opone al mismo. Compartir nuestro carisma misionero con la comunidad parroquial significa imprimirle un fuerte impulso evangelizador. Además, el dato sociológico que constata el alejamiento de tantas personas de la fe cristiana, nos impulsa a un anuncio misionero de Jesús y el Evangelio. No podemos quedarnos en silencio ante una sociedad que quiere silenciar a Dios. Se trata de un anuncio, ahora más necesario que nunca, que deberá hacerse con humildad, sin querer imponer nada a nadie, pero con gran fuerza y convicción. Estoy seguro de ésta es una de las prioridades en todos los proyectos de nuestras parroquias. Existe la necesidad de centrarse en lo fundamental: anunciar a Jesús, su persona y su acontecimiento. Trabajar para que la comunidad parroquial sea capaz de hacer este anuncio con su testimonio y sus iniciativas evangelizadoras debería ser uno de los grandes objetivos de nuestro programa pastoral. El trabajo del equipo claretiano deberá tender a crear una comunidad consciente de su

misión evangelizadora y capacitada para llevarla a cabo. La evangelización misionera es nuestra gran preocupación; una preocupación que deberíamos transmitir a los miembros de las comunidades cristianas de nuestras parroquias.

En esta misma perspectiva de evangelización misionera, nuestro carisma nos lleva a mirar más allá de nuestras propias iglesias particulares, abriéndonos a los desafíos de la misión universal. Es una aportación que nos toca hacer a las iglesias locales; y la parroquia nos ofrece un cauce concreto para ello. Toda parroquia claretiana debería tener un grupo misionero que impulsase esta dimensión universal y fuese proponiendo a la comunidad parroquial formas concretas de participar en ella.

2. La parroquia claretiana debe ser una comunidad comprometida en la transformación del mundo según el diseño de Dios. "Hay muchos hombres y mujeres de toda condición que alientan el movimiento de los pueblos hacia el reino de Dios", nos dice el documento del último Capítulo General (EMP 50), que ya nos había recordado (EMP 48) el gran reto que significa para nosotros "el crecimiento de la pobreza que afecta a la mayoría de la población mundial y que es consecuencia de la expansión de estructuras y sistemas socioeconómicos y políticos injustos". La opción por los empobrecidos debe ser uno de los pilares del proyecto pastoral de la parroquia claretiana, que deberá determinar con gran claridad cómo pretende expresarla concretamente en las diversas dimensiones de su vida. El compromiso por la Justicia, la Paz y la salvaguarda de la creación no puede ser simplemente la responsabilidad de una comisión más que se añade a las tantas que se constituyen en la parroquia. Se trata de un eje transversal que debe atravesar todos los ámbitos de la vida de la comunidad (celebrativo, catequético, caritativo, etc.). *La comisión de Justicia, Paz y salvaguarda de la Creación*, que no puede faltar en ninguna de nuestras parroquias, será la memoria permanente de dicha dimensión y la encargada de impulsar actividades concretas siempre necesarias; pero la sensibilidad hacia este tema ha de estar presente en todos los ámbitos de la vida parroquial. Del documento capitular, podemos deducir algunas orientaciones que nos ayudarán en nuestras programaciones:

a) Colaborar con otros grupos que trabajan por la paz, la justicia y la ecología, sin reclamar protagonismos innecesarios. Ello requiere profundizar, a nivel de Consejo parroquial o de otras instancias, el ejercicio del discernimiento en torno a la identidad y trabajo de dichos grupos y de su grado de identificación con los ideales del Evangelio. Hemos de ser audaces, pero no podemos ser ilusos en nuestra colaboración: estamos al servicio del reino de Dios. Esto nos lleva a pedir un mayor esfuerzo en el estudio de la doctrina social de la Iglesia y un empeño claro por incluir esta temática tanto en los procesos de formación cristiana que se ofrecen en la parroquia como en los Consejos parroquiales. Creo que es un campo en el que podemos mejorar notablemente. No tengamos miedo a sumarnos a iniciativas en favor de la justicia, de los derechos humanos; repito: no se trata simplemente de llamar a otros a sumarse a nuestras iniciativas, sino de salir de nuestra propia casa y ofrecer nuestra colaboración generosa a lo que hacen otros. Ahí, además, encontraremos un ámbito propicio de diálogo con hombres y mujeres que se confiesan no-creyentes o que pertenecen a tradiciones religiosas diversas.

b) El compromiso por la transformación del mundo nos está indicando también la necesidad de ofrecer a los laicos una formación que tenga como objetivo prioritario el ayudarles a asumir como cristianos sus responsabilidades en la sociedad para poder servir desde allí a la causa del Reino. Las necesidades de la misma parroquia nos pueden llevar a orientar excesivamente el servicio de los laicos hacia el ámbito interno de la vida parroquial, debilitando su acción en el mundo, lugar propio de su misión. Deberíamos hacer objeto de evaluación en el Consejo parroquial, y aun en el seno del mismo equipo pastoral, nuestra capacidad de generar compromiso cristiano en el mundo. No quiero decir que no abramos a los seculares espacios de participación en el servicio a la comunidad cristiana, sino llamar la atención para que no les arranquemos del ámbito que les es más propio: el mundo, la sociedad. En los diversos grupos parroquiales, la revisión de la vivencia de la propia vocación cristiana en el mundo (los problemas que se encuentran, las preguntas y dudas que surgen, los logros que se van consiguiendo, etc.) y la búsqueda de caminos para ello deberían ser temas recurrentes.

c) Y, finalmente, un punto muy concreto sobre el que nos llama la atención el EMP, haciéndose eco de la propuesta del Papa en torno al Jubileo del año 2.000: el tema de la deuda externa. ¿Estamos dispuestos a hacer algo en este sentido? ¿Qué hemos hecho hasta ahora? ¿Qué podemos hacer a partir de ahora? Tendríamos que examinar, si no hemos hecho nada hasta este momento, qué es lo

que nos frena. Este examen nos va a indicar seguramente las razones que subyacen a tantas reticencias para asumir el tema de la justicia de un modo más dinámico en nuestra acción pastoral en la parroquia. Me parece que sucumbimos demasiado fácilmente a la tentación de querer mantenernos imparciales en muchos temas y cuestiones que, desde el Evangelio, no admiten imparcialidad. Hay que tomar posición, con prudencia pero con audacia evangélica. ¿Somos capaces de denunciar situaciones de injusticia en las que nuestros parroquianos -y nosotros mismos- nos encontramos de algún modo implicados? ¿Aflora en nuestra acción pastoral la preocupación por denunciar el neoliberalismo capitalista tan radicalmente opuesto al plan de Dios? Hemos de situar el anuncio de la Palabra dentro de una concepción de la evangelización entendida como instauración del Reino de Dios en la sociedad, como transformación humanizadora de la sociedad. Esto es asumir la opción por una evangelización profética y liberadora, que hemos ido repitiendo desde la MCH. (En japonés, a la evangelización le llamamos FUKUINKA).

3. La parroquia claretiana debe constituirse desde un modelo de Iglesia participativo donde los laicos ejercen el protagonismo que les corresponde y en el que las distintas formas de vida cristiana se articulan armónicamente al servicio de la tarea evangelizadora. Es un tema sobre el que hemos dialogado repetidamente. La parroquia se define como "comunidad de comunidades", un lugar donde tienen cabida las diversas formas de vida cristiana y los distintos carismas. En la comunión, unas se ponen al servicio de las otras para que todos puedan crecer en la fe y vivir gozosa y responsablemente los compromisos de la vida cristiana. Por otra parte, la parroquia es el cauce de participación en la vida de la comunidad más amplia que es la iglesia particular. La parroquia tiene sus límites y ha de saber abrirse a la colaboración, activa y pasiva, con otros grupos eclesiales. Hay que fomentar una espiritualidad de la comunión que posibilite una colaboración gozosa y efectiva. No voy a abundar en algo que nos es sobradamente conocido. Yo añadiría que nuestra aportación claretiana a esta visión de la parroquia consistiría principalmente en el empeño por articular bien esta pluralidad de comunidades en orden a multiplicar el potencial evangelizador de la parroquia. Orientar la fuerza que nace de la comunión e interacción entre los carismas hacia una tarea evangelizadora más dinámica y eficaz. A ello nos mueve el talante misionero de nuestro carisma que orienta siempre nuestra acción en este sentido. Algunas implicaciones prácticas de todo ello:

a) La necesidad de crear unos procesos catecumenales que, como nos recordaba el documento *Servidores de la Palabra* (SP 9.1), lleven a consolidar una iglesia de comunión y participación, de diálogo y servicio, de solidaridad, justicia y fraternidad, que lleva a creer en la Palabra.

b) La consolidación de los Consejos parroquiales como verdaderas instancias de discernimiento y decisión de la orientación de la vida de la comunidad parroquial. Nosotros nos incorporamos a ese ejercicio de discernimiento con las características misioneras del carisma claretiano, sabiéndonos enviados para dinamizar evangelizadamente las distintas comunidades cristianas. Recordarles que no existen para sí mismas, sino para proclamar el Evangelio, "pro mundi vita". Esto exige dedicar tiempo y esfuerzo a la formación de los componentes del Consejo parroquial, de modo que puedan ejercer su servicio de un modo responsable. La gran pregunta para evaluar la vida parroquial debería ser sobre su talante evangelizador

c) La multiplicación de evangelizadores, ofreciendo para ello unos procesos de formación adecuados, debe ser otra de las respuestas a esta exigencia de promover la participación de todos en el anuncio del Evangelio. Se trata de desarrollar aquellos carismas de servicio a la comunidad cristiana y a la evangelización que el Espíritu suscita en los seglares. ¿Ofrecemos procesos sistemáticos para la formación de evangelizadores? Hemos de ser serios y responsables a la hora de lanzar a los seglares a las tareas de evangelización en una sociedad caracterizada por la increencia y que mira con cierta desconfianza a la iglesia. Podríamos ayudarnos más en este campo: a nivel interprovincial, a través de la colaboración con otros equipos provinciales o entre las mismas parroquias. Me imagino que en las parroquias rurales nos vamos a encontrar con algunas dificultades en este sentido. Ello no debe hacernos cejar en nuestro empeño y, si en un momento determinado, vemos que lo único que se nos pide es el servicio sacramental, deberemos cuestionar la permanencia en dichas parroquias. No podemos renunciar a nuestro carisma misionero.

d) Podríamos dar un paso más en la línea de la misión compartida con los seglares, con la integración de los mismos en los equipos pastorales. No podemos negar que el número de

claretianos al servicio de cada parroquia es muy numeroso entre nosotros. La llamada insistente del EMP a dar respuesta a las urgencias de la misión universal nos invita a buscar nuevos modelos de equipos pastorales. Es verdad que ello conlleva una serie de problemas de orden jurídico, económico, etc., y que hemos de caminar de acuerdo con la iglesia local. Pero no podemos renunciar a suscitar cuestiones y abrir nuevos caminos en la acción pastoral de nuestras iglesias particulares. De lo contrario, podríamos estar colaborando a mantener un "statu quo" no muy positivo desde la perspectiva de la evangelización. Es algo que caracterizó a nuestro Fundador.

e) La disponibilidad para compartir nuestro carisma con los seculares nos debería llevar a promover el Movimiento de Seglares Claretianos en las parroquias que nos han sido confiadas. Ellos nos ayudarán a vivir con mayor plenitud la riqueza del carisma que se nos ha dado en la iglesia y que no se agota en la Congregación. Además, a través de ellos será posible que el carisma misionero de Claret siga dinamizando las comunidades cristianas, una vez nosotros hayamos abandonado un lugar concreto para responder a otras urgencias misioneras. Y esto es algo que debería suceder más, dada la condición de itinerancia connatural a nuestro carisma.

4. La parroquia claretiana debe ser fermento evangelizador de la cultura y de la sociedad.

La MCH nos hablaba de una evangelización inculturada, hoy lo hacemos también del diálogo fe-cultura. La dicotomía entre fe y vida, en el ámbito personal, y entre fe y cultura, en el ámbito social, es un desafío más fuerte cada día. Un compromiso serio por el diálogo con la cultura es ineludible para la evangelización. Esto exige cercanía al pueblo, capacidad para escuchar la palabra que Dios nos dirige a través de las personas y los acontecimientos, lucidez para saber integrar los valores del pueblo (lengua, tradiciones,...) en los distintos ámbitos de la vida parroquial, generosidad para poder comprender los modos de ser y actuar de las distintas generaciones presentes en la comunidad parroquial. Se nos pide un acercamiento respetuoso a las personas, sin querer imponer opiniones -es una de las grandes tentaciones de la Iglesia y, más aún, de la Iglesia en occidente-. Se nos pide una metodología pastoral que parta de la vida, para buscar en Jesús la fuerza para renovarla y abrirla a nuevos horizontes.

5. La parroquia claretiana debe estar caracterizada por la centralidad de la Palabra. La escucha atenta de la Palabra y el compartirla en la comunidad cristiana nos permite interiorizar el proyecto de Dios y crea en nosotros la fuerza para ponernos a su servicio. Si queremos ser fieles a la dimensión profética, no nos queda sino volver a la Palabra. La confrontación con la Palabra de Dios es fuente de dinamismo en la vida de fe y de iniciativas pastorales nuevas. Todas nuestras parroquias deberían ofrecer itinerarios de formación bíblica y ámbitos donde compartir la Palabra de Dios. Debería caracterizar a nuestras parroquias esta presencia fuerte de la Palabra. La Palabra de Dios, escuchada, orada y compartida, es la que va a dar contenido verdadero y fuerza transformante a nuestra palabra (gesto, testimonio, servicio,...). Tomar en serio la dimensión profética nos hace caminar en esta dirección.

Seguramente podríamos añadir otras características como explicitación de las opciones misioneras en la estructura parroquial. Basten éstas para ayudar a la reflexión y para animar a caminar hacia horizontes cada vez más misioneros.

B) Desde los destinatarios

Y ahora, antes de pasar a ofrecer algunas reflexiones y sugerencias finales, vamos a dirigir nuestra mirada a los destinatarios, acompañados de nuevo principalmente por el EMP, aunque no solamente.

Se hace difícil señalar destinatarios prioritarios para el trabajo parroquial, porque la parroquia, por definición, es la casa de todos, la comunidad donde tienen cabida todos los creyentes en Jesús para celebrar su fe y alimentar su compromiso cristiano. Pero es verdad también que la tarea parroquial pide unos acentos particulares en relación a los diversos grupos que forman el tejido humano de la comunidad cristiana. Y ello se hace todavía más necesario cuando pensamos en el servicio que la comunidad cristiana debe ofrecer a los demás.

La tercera parte del documento capitular, en un primer momento (EMP 46-49), nos llama especialmente la atención sobre cuatro grupos de personas:

a) Los que no conocen la plena manifestación del amor de Dios realizada en Jesús,

- b) Los que, por diversas causas, se han alejado de la fe cristiana o, por el ambiente de secularización, se han hecho extraños a la fe o al sentido religioso,
- c) Los que sufren los efectos de las situaciones de injusticia de nuestro mundo,
- d) Los que viven su fe integrados en otras confesiones cristianas.

Al referirse explícitamente a Europa (EMP 62) añade la familia como otro de los destinatarios preferenciales de nuestra misión; y, en la primera parte, nos hacía caer en cuenta de la importancia de los jóvenes. Voy a apuntar algunas ideas en torno a cada uno de estos grupos.

a) *Los que no conocen la plena manifestación del amor de Dios realizada en Jesús.* Se nos orienta hacia los creyentes de otras religiones, hacia la evangelización "ad gentes", que nos convoca a un testimonio de nuestra fe en Jesús realizado en el ámbito del diálogo con esas personas. Os remito a las conclusiones del taller sobre "Servicio misionero de la Palabra y diálogo con las religiones", celebrado en Sri Lanka hace un año. Creo que, desde el ámbito del trabajo pastoral en la parroquia aquí en España, podemos recuperar dos grandes preguntas o cuestionamientos:

- la atención que debemos prestar a esas personas pertenecientes a otras religiones, que están presentes en el territorio confiado a nuestro cuidado pastoral. ¿Cuentan de algún modo en la elaboración de nuestro proyecto pastoral? También para nosotros vale la opción congregacional por la "Missio ad Gentes",
- la educación para el diálogo, y en este caso para el diálogo interreligioso, como tema a trabajar en los procesos de formación cristiana. Educar la capacidad de dar testimonio de la propia fe y, al mismo tiempo, la apertura del corazón y de la mente al itinerario de fe del otro. En la interacción entre creyentes de distintas religiones encontramos una fuerza que nos mueve a convertirnos más a Dios y a su proyecto. El tema del diálogo interreligioso va a cobrar cada vez más importancia en la iglesia. Va a poner unos cuestionamientos muy serios a algunos planteamientos teológicos y pastorales y nos va a ayudar a purificar nuestro pensamiento y a abrir horizontes nuevos a nuestra misión.

b) *Los que, por diversas causas, se han alejado de la fe cristiana o, por el ambiente de secularización, se han hecho extraños a la fe o al sentido religioso.* Es el gran desafío de la increencia, de los alejados y de los indiferentes. También aquí os remito a las conclusiones del Encuentro Misionero de Viena, celebrado en 1995. Existen, además, un número considerable de orientaciones y documentos muy valiosos emanados de las iglesias locales. Recordemos la indicación del Encuentro misionero de Viena en orden a buscar líneas específicas de acción pastoral respecto a los distintos grupos que fuimos identificando en nuestra reflexión allí:

- "el resto", palabra con la que identificábamos a aquellas personas que participan de modo habitual en la vida de la comunidad cristiana. Para ellos, se especificaban algunas acciones que tendían a reforzar la identidad cristiana, a ayudarles a vivir con gozo la fe, a animarles a dar testimonio de su fe en el mundo, a crearles una preocupación por aquellos que se alejaron y provocar un compromiso evangelizador.
- "los alejados", palabra con la que designábamos aquellas personas que, confesándose todavía cristianas, no tienen una relación habitual con la iglesia. Pensando en ellas, expresábamos la necesidad de reforzar el sentido de comunidad y privilegiar la acogida y el encuentro. Señalábamos algunas acciones extraordinarias de animación pastoral, como la Misión Popular renovada, que pueden ayudar a su reincorporación a la comunidad cristiana.
- "los no-creyentes" y "los indiferentes", palabras con las que indicábamos aquellas personas que articulan su vida sin una referencia explícita a los valores religiosos. Pensando en ellas, nos proponíamos educar la capacidad de diálogo de los creyentes y buscar plataformas comunes de servicio a la vida, a la paz, a los necesitados.

Hemos de revisar nuestros proyectos pastorales y ver si incluyen la preocupación por todas estas

personas. Si son proyectos hechos en clave misionera tenderán a desplazarse hacia los que viven en las periferias de la fe y provocar el acercamiento de toda la comunidad cristiana hacia ellos.

No podemos hacer todo esto sin aunar fuerzas, sin articular bien la colaboración entre los diversos equipos pastorales-misioneros de la Provincia. La parroquia debe ser campo de trabajo misionero para toda la Provincia.

c) *Los que sufren los efectos de las situaciones de injusticia de nuestro mundo.* Se trata de los excluidos de los procesos de desarrollo de la sociedad y de sus beneficios. También sobre este problema pastoral celebramos un taller en diciembre de 1996. Sus conclusiones nos pueden orientar (deberíamos hacer un uso más activo de los resultados de estos esfuerzos congregacionales por clarificar y animar la misión). Creo que, ante todo, se impone un serio análisis de la realidad para definir quiénes son, qué rostro tienen, qué nos están pidiendo estas personas a la comunidad cristiana y a la Congregación. Es algo que hay que integrar con la opción por la transformación del mundo según el designio de Dios, pero que aquí se concretiza de un modo peculiar en la cercanía a estas personas, en el interés por sus problemas, en la acogida que se les brinda en nuestras asambleas y espacios. Todas las parroquias deberían tener un centro de atención a los excluidos: emigrantes, personas sin residencia fija, jóvenes con problemas de drogadicción o de otra clase, ancianos que han de vivir solos. ¿Cómo aparecen estas personas en nuestros proyectos y en nuestra acción? La respuesta debería contemplar dos aspectos:

- la atención al problema inmediato
- la acción decidida en orden a promover soluciones estables a los problemas de dichas personas.

En las parroquias ubicadas en zonas marginales, donde estas personas son muy numerosas, aparece con frecuencia el problema de cómo coordinar la atención pastoral con la labor en el campo de la marginación. Habrá que especificarlo bien en el proyecto pastoral.

El documento capitular nos dice (EMP 50.2): "estaremos presentes de manera efectiva entre los marginados y allí donde la vida esté más amenazada", y nos invita a "continuar potenciando el desplazamiento de nuestros ministerios hacia los más pobres y necesitados" (EMP 48.2). A propósito de parroquias en zonas marginales, me quedo con la preocupación de que nuestra presencia es las mismas es más bien escasa si la comparamos con otros ambientes sociales. La pregunta surge espontánea: ¿qué nos hace tan inamovibles? ¿La inercia, la costumbre, la propiedad sobre las casas y los terrenos? No son preguntas fáciles de responder, pero inquietan. ¿Sentimos, por lo menos, la urgencia de desplazarnos?

d) *Los que viven su fe integrados en otras confesiones cristianas.* Esta vez el Capítulo ha querido hacer una llamamiento explícito al diálogo ecuménico (EMP 49), cada vez más importante en Europa. Sería bueno que releyésemos y meditásemos, por ejemplo, el documento del encuentro ecuménico de Graz.

e) *La familia.* Ya se había hablado de ella como sujeto preferencial en la MCH. Constituye un desafío pastoral con características muy diferenciadas en los distintos contextos geográficos y culturales. Se entiende clarísimamente esta diferencia si nos referimos al trabajo misionero en los distintos continentes. Pero se da también una cierta diversidad dentro de las diversas autonomías del estado español y entre las zonas urbanas o rurales, por ejemplo. Esto nos lleva a afirmar la necesidad de un análisis de la realidad antes de embarcarnos en proyectos. No significa que lo tengamos que hacer nosotros desde cero. Existen ya muchos materiales elaborados por las iglesias locales u otros centros que nos pueden servir enormemente. Aprovechar lo que ya hay y colaborar con lo que está en marcha puede ser el camino más sensato y realista. Lo que sí me parece claro es la necesidad de tomar conciencia de dos aspectos importantes:

- ha desaparecido, en la mayoría de los casos, la familia como lugar de transmisión de la fe cristiana,

- están surgiendo nuevos modelos de familia que nos piden estar atentos para discernir lo permanente y lo mudable, y, de este modo, diseñar una pastoral adecuada.

En cada Provincia deberemos ver cómo coordinar esfuerzos para atender este campo.

f) *Los jóvenes y la pastoral vocacional.* Ésta es la perspectiva en que se ha situado esta vez el Capítulo al analizar el tema de la pastoral juvenil. No es ciertamente la única, lo sabemos muy bien. Ello nace de una preocupación por nuestra propia situación congregacional. No podemos negarlo. No quiero alargarme en el tema de la pastoral juvenil: creo que se ha trabajado y se trabaja muy bien en este campo. Me parece que lo que hay que hacer es insistir siempre con mayor fuerza en la necesidad de ofrecer procesos de profundización de la fe, de promover en los jóvenes un contacto más profundo con la Palabra de Dios y dedicar más tiempo al acompañamiento personal. En estos procesos se crea el marco apropiado para la propuesta vocacional, que hay que hacer con una dosis adecuada de prudencia y audacia, a veces tan difícil de encontrar. Pero hay que hacerla.

5. Algunas sugerencias finales

Finalmente unas pocas sugerencias finales:

1. *Asumir las parroquias con contratos temporales.* Desde la itinerancia claretiana, habría que fijar tiempos precisos en nuestros compromisos parroquiales. Debería ser la norma general. Es verdad que algunas parroquias, por lo que suponen para la Provincia o por su ubicación junto a otras obras claretianas, no pueden ser entregadas a otros agentes pastorales; pero la norma común en las parroquias claretianas tendría que ser la de los contratos temporales. Éstos permiten fijar objetivos a largo plazo que ayudan a discernir cuándo ha llegado el momento de pasar la posición apostólica a otros agentes. Nuestra misión es formar y consolidar la comunidad cristiana. Luego se impone de nuevo la disponibilidad a responder a nuevas urgencias misioneras que surjan. Una excesiva estabilidad en las posiciones parroquiales recorta esta disponibilidad misionera que nos debe distinguir en la iglesia.

2. *Aprovechar la parroquia para ofrecer iniciativas pastorales de alcance supra-parroquial.* Es una forma concreta de hacer "misionera" la parroquia, sobre todo aquellas parroquias que, aun habiendo conseguido un desarrollo notable, no podemos entregar a otros agentes pastorales por motivos obvios. Las posibilidades son múltiples: creación de centros bíblicos, ofrecimiento de servicios de formación de evangelizadores, centros juveniles supra-parroquiales, movimientos de solidaridad, centros de diálogo fe-cultura, etc.

3. *Insistir en la necesidad de integrarnos en las iglesias particulares desde la especificidad de nuestro carisma misionero.* Es un problema con el que nos encontramos con mucha frecuencia. Las expectativas de los responsables de las iglesias particulares, preocupados por la escasez de clero, se orientan hacia los religiosos con la esperanza de que les llenemos estos vacíos pastorales. No siempre podemos responder a esas expectativas. Lo nuestro es lo misionero. No cabe duda de que la parroquia es una plataforma importante de evangelización, pero, ¿lo debe ser para nosotros de un modo tan prioritario?

4. *Plantear la posiciones apostólicas parroquiales dentro del conjunto del apostolado de la Provincia viendo cómo podemos ayudarnos a crecer mutuamente en la respuesta misionera a los desafíos de hoy.* Es algo obvio, pero creo que es la clave para dinamizar, desde la totalidad, la fuerza misionera de cada posición.

